

ATRAPADA EN OTRO CUERPO

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

Fotografías: *Mi vida en rosa*, dirigida por Alain Berliner



Ludovic es un niño de 7 años que se siente chica, que le gusta vestirse con ropa de niña y que tiene unos pensamientos femeninos, pero el problema es que su cuerpo es el de un chico. Con esta premisa tan simple y a la vez tan compleja nos introducimos en **Mi vida en rosa** (*Ma vie en rose*, Alain Berliner, 1997), una historia sobre la identidad sexual en la piel de un joven que no es comprendido por sus compañeros de colegio, ni por sus vecinos, ni por su familia, sufriendo un rechazo que él no se explica al no entender todo lo que genera y sucede a su alrededor.

Con un comienzo en un barrio de clase media, donde todos los vecinos asisten a la fiesta de bienvenida que les ofrece el matrimonio Fabre (padres de Ludovic), y unos primeros compases de alegría, colaboración y camaradería, todo se va volviendo más turbio y complicado cuando el pequeño, con su toque de candidez y buena voluntad, dice que se quiere casar con su vecino, Jérôme, cuando ambos sean mayores. A partir de ese momento, la armonía, la amistad y la educación entre los diferentes vecinos brilla por su ausencia, mientras que nuestro joven protagonista (interpretado magistralmente por el debutante Georges Du Fresne), no comprende todo lo que está ocurriendo a su alrededor, alterando su vida cotidiana de manera brusca, a veces, y otras más sutilmente.

Historia sobre la identidad sexual en la piel de un joven que no es comprendido por sus compañeros de colegio, ni por sus vecinos, ni por su familia.

Ludovic, que vive entre la fantasía de las series de televisión para niñas (de las que se sabe de memoria los diálogos), las muñecas y la cruda realidad del colegio donde es acosado, no entiende que a los demás les parezca mal lo que a él le parece algo normal, no comprende por qué no puede vestirse de chica, pintarse los labios o jugar con muñecos, si en su interior se siente y piensa como tal. Hasta sus padres, que empezaron a ver sus gustos como algo solamente extravagante y pasajero, empiezan a sentirse desbordados por el cariz que están tomando los acontecimientos: los vecinos les hacen el vacío, en el colegio los propios profesores no intentan comprender la situación, ni apoyan al pequeño. Solo la abuela parece que es la única persona que no ve nada malo en las inclinaciones de su nieto y le apoya pese a la inicial reticencia de sus progenitores.

Los prejuicios y tabúes de la sociedad sobre estos temas desfilan a lo largo de esta película, ópera prima de su director, para

dejarnos un regusto entre amargo y dulce según desde que punto de vista veamos la historia. Saboreamos el amargor de las situaciones escolares o de los vecinos al presentar cada escena como algo que es malo, antinatural o prohibido. Mientras que cuando estamos a solas con Ludo (como le llama cariñosamente su familia), asistimos a su felicidad, su ilusión y su futuro. Dos mundos contrapuestos que sumergen al pequeño en un mar de dudas, pues no entiende por qué no puede pensar en casarse con un amigo, ni por qué no debe vestirse con ropa de chica, pues él es lo que se siente: una niña.

Vemos como los sentimientos del joven intentan ser reconducidos, como si estuviéramos en otra década mucho más remota, para “curarle”, por medio de castigos del padre, por medio de una psicóloga (que creo que es a ella a quién le haría falta un colega profesional) o, a través de un aislamiento con sus amigos del colegio. Todo ello le hace ser más introvertido ante los demás, pero en su mente sigue libre para volar por las series de televisión preferidas, para vestir imaginariamente como realmente desea y para soñar con una boda que no tendría nada que envidiar a las de los famosos más populares.

Vayamos ahora con el verdadero artífice de esta película, no, no es el director que, además, lo hace muy bien este su primer trabajo en el largometraje, donde asimismo se hizo cargo del guion junto a

Chris Vander Stappen, me refiero a Georges Du Fresne (Ludovic), un debutante también, que nos encandila durante todo el metraje. Desde el primer momento sentimos una gran simpatía y empatizamos con él de manera muy cariñosa. Sus penas son nuestras, sus ilusiones las compartimos y sus sueños nos descubren un interior sin maldad, sin odio y sin venganza. Su apariencia andrógina, su corte de pelo (largo y con flequillo), sus ojos (con una expresión entre temor y esperanza) y su fina figura, le hacen ser el protagonista adecuado para este papel arduo y duro que entraña mucha dificultad, pero que sale airoso del trance ofreciéndonos una muy creíble interpretación de una chica encerrada en el cuerpo de un chico. Sobresaliente.

Mi vida en rosa viene avalada por diferentes premios, empezando por el Globo de Oro a la mejor película en lengua extranjera, hasta el Premio del Cine Europeo al mejor guion, pasando por los galardones en los Festivales: de Lauderdale (mejor película ex aequo con *El dulce porvenir* (*The Sweet Hereafter*, Atom Egoyan, 1997); y mejor película extranjera), de Karlovy Vary (Globo de Cristal), y de Sarajevo (premio FIPRESCI), entre otros.

Delicada, valiente e intimista película que trata el tema de la incompreensión que sufren estas personas, que se ven en un cuerpo que no es el que quieren, de manera seria y comedida sin ahondar en el dolor y la dureza que pueden surgir de estas situaciones. Que llega a nuestro corazón y nos toca la fibra sensible, sin ser sensiblera, para ofrecer una situación que está en nuestra sociedad y a la que cada vez se están poniendo soluciones, que por supuesto no son los castigos, los golpes o el enclaustramiento, si no la comprensión, el diálogo y la aceptación de una realidad que convive con nosotros. Filme muy recomendable para centros educativos, asociaciones y para familias en general, que nos demuestra como la vida de estas personas que se sienten de otro género, puede ser un infierno si no encuentran la ayuda necesaria para llevar a buen puerto su deseo de convertirse en quién realmente quieren (y deben, añadido yo) ser.